

pues que este manifiesto convoca á la guardia nacional que no tiene que recibir órdenes mas que de sus gefes. Este manifiesto, segun él, no es otra cosa que un gobierno improvisado al lado del gobierno general y constitucional. En consecuencia, M. Duchâtel declara que, encargado de mantener el orden público, lo mantendrá por todos los medios que están á su disposicion.

Esta amenaza termina la discusion. El presidente propone volver á ocuparse del proyecto de ley sobre el Banco de Burdeos. Por todas partes gritan: *no! no! mañana! mañana!* La discusion, pues, es trasferida para el 22 de Febrero á medio dia.

En la tarde los diputados de la oposicion mandan á los diarios la nota siguiente, cuyo corolario es la proposicion de la puesta en acusacion del ministerio.

“Una grande y solemne manifestacion debia tener lugar hoy, en favor del derecho de reunion contestado por el ministerio. Se habian tomado todas las medidas para asegurar el orden y prevenir toda clase de alboroto. El gobierno estaba instruido desde hacia algunos dias en estas medidas y sabia cual seria la forma de esta protestacion. No ignoraba que los diputados irian en cuerpo al lugar del banquete acompañados de los ciudadanos y guardias nacionales desarmados. Habia anunciado su intencion de no poner ningun obstáculo á esta demostracion, mientras el orden no fuese turbado, y de limitarse á justificar, por medio de un proceso verbal, lo que él mira como una contravencion, y que la oposicion mira como el ejercicio de underecho. Repentinamente, tomando por pretesto una publicacion cuyo solo objeto era prevenir los desórdenes que hubieran podido nacer de una gran afluencia de ciudadanos, el gobierno ha hecho conocer su resolucion de estorbar por la fuerza toda reunion sobre la via pública, y de impedir, ya á los guardias nacionales ya á la poblacion, toda participacion en la manifestacion proyectada.

“Esta tardía resolucion del gobierno, no permitia ya á la oposicion el cambiar el carácter de la demostracion; se encuentra pues, colocada en la alternativa de, ó provocar una colision entre los ciudadanos y la fuerza pública, ó renunciar á la protesta legal y pacífica que habia resuelto. En esta situacion los miembros de la oposicion personalmente protegidos por su calidad de diputados, no podian esponer voluntariamente á los ciudadanos á una lucha tan funesta al orden como á la libertad. Ella conjura á todos los ciudadanos á seguir su ejemplo.

“Emplazando de esta manera el ejercicio de un derecho, la oposicion se compromete para con el pais á hacer prevalecer este derecho por todas las vias constitucionales. No faltará á este deber; proseguirá con perseverancia y con mas energía que nunca la lucha que ha emprendido contra una política corruptora, que viola todo, y es anti-constitucional.

“Al no ir al banquete, la oposicion cumplió con un gran acto de moderacion y de humanidad, pero sabe que le resta aun por cumplir un gran acto de firmeza y de justicia.”

En consecuencia de la resolucion tomada por la oposicion, será propuesta inmediate una acta de acusacion contra un gran número de diputados, entre los que se cuentan MM. Odilon Barrot, Duvergier de Hauranne, de Melleville d’Aragon, Abbattucci, Beaumont (de la Somme), Georges de La Fayette, Boissel, Garnier-Pagès, Carnot, Chambolle, Drouyn de Lhuis, Ferdinand de Lasterye, Havin, de Courtais, Vavin, Garnon, Marquis, Jouvencel, Taillandier, Bureaux de Pucy, Luneau, Saint-Albin, Cambacérès, Moreau (Seine), Berger, Marie, Bethmont, de Thiars, Dupont (de l’Eure), &c.

Estas diversas resoluciones circulaban por Paris y causaban en la noche una agitacion visible. Se establecen discusiones animadas sobre lo que han hecho los diputados y lo que tendrán que hacer todavía como miembros de la oposi-

cion y como suscritores al banquete. Los unos les alaban el haber sacrificado la conciencia de su derecho al temor de una colicion, y los otros por el contrario, dicen que armados de este mismo derecho debieran llevar la resistencia al poder hasta el último grado.

Todo el mundo prevee para el dia siguiente, un dia borrascoso.

Se asegura que esa confianza que parece tener el gobierno, viene de las disposiciones hostiles que se le atribuye al ejército contra la poblacion.

El mariscal Bugeaud, consultado por el rey sobre lo que debía hacer, se dice que respondió:

—Que V. M. me dé el mando de Paris, y yo me encargo de hacer tragar á los parisienses la espada de Isly hasta la guarnicion.

Nótase que las tiendas se cierran mas temprano que de costumbre. Mientras estas se cierran, la oposicion se retira en desórden á casa de M. Odilon Barrot; delibera como despues de diez y siete años ha hecho todas las veces que debía haber hecho. M. Thiers, á causa de las palabras amenazadoras del ministro, propone abstenerse. M. Barrot duda, cede primeramente á algunos instintos de resistencia, despues es de la opinion de M. Thiers y arrastra consigo toda la mayoría de los miembros presentes.

Entonces se hace una division en la asamblea; un corto grupo se separa de ella y se dirige á casa de M. Lamartine; allí se protesta que al dia siguiente se irá sobre las bayonetas al lugar del banquete, á mantener, por un acto de presencia, el derecho de reunion.

Durante esta deliberacion, la inquietud pública se ha aumentado. Se reparte la circular del prefecto. Se habla de medidas estratégicas tomadas con anticipacion sobre el terreno que debe recorrer el acompañamiento. Una ligera incertidumbre se suscita entre los huéspedes de M. Lamartine.

—La plaza de la Concordia debe estar desierta, dijo entonces, y todos los diputados se apartan de su deber; yo iré solo al banquete, sin otro compañero que mi sombra.

Al instante se anuncia oficialmente que los comisarios del banquete han hecho desaparecer todo preparativo de reunion, y que todos los que se presenten á la cita, no encontrarán mas que una puerta cerrada.

22 de Febrero.—Se sabe ya que hacia tres dias se estaba haciendo un gran movimiento de tropas al rededor de Paris. Veintisiete mil hombres estaban acuartelados en la ciudad, cuarenta mil se hallaban á sus puertas, una guarnicion ocupaba Vincennes y otra el monte Valeriano. Podian llegar á un mismo tiempo refuerzos por la barrera del Tro-no y por la barrera de la Estrella.

El estado oficial de la fuerza armada que ocupaba Paris, era de 37 batallones de infantería, un batallon de Cazadores de Orleans, tres compañías de ingenieros, cuatro mil guardias municipales y veteranos, veinte escuadrones de caballería y cinco baterías.

Una de estas baterías debía mantenerse desde las seis de la mañana, con el estopin ardiendo, en el arrabal de San Antonio.

Todos los cuerpos de guardia estaban fortificados. Se habian sacado almenas revestidas de yeso y colocádolas encima de las paredes.

Los ministros, pues, podian estar seguros: el potentado podia dormir tranquilo.

La rama primera, se decia, habia caido por una sorpresa; los Borbones de la rama segunda han visto venir el nublado desde mas lejos, el nublado los encontrará preparados.

Paris ha presentado toda la noche un aspecto extraño; mientras han podido leerse las proclamas del prefecto de policia á la luz de una tienda abierta ó de un farol encendido, han permanecido los grupos rodeados del que las leia. En fin, la noche ha apagado todo.

Cada cual vuelve á entrar en su casa. Paris, en apariencia, está tranquilo; Paris solo espera.

Los oficiales de ordenanza recorren á caballo los cuarteles mas populosos. Encuentran á unos hombres de blusa que se detienen para verlos pasar: no cambian ninguna palabra, pero sin embargo se perciben las amenazas que hacen unos á otros.

Habiendo partido de las Tullerías vuelven á entrar á ellas. No han encontrado ninguna resistencia, si no es la de los pensamientos; no han oido otros ruidos que los de las horas, y no pueden decir sino una cosa tan solo.

“PARIS ESTÁ TRANQUILO”

Comienza á despuntar el dia; el cielo está cubierto; un viento húmedo sopla del Este; el aire está caliente; las calles á esa hora en que ya hay gente, están en calma.

Hacia las diez, una poblacion, esa poblacion de los futuros tumultos tan fácil de conocer, desciende de bracero de los cuarteles distantes. Sabe las medidas que ha tomado el gobierno, sabe la voluntad de ponerlas en ejecucion, y sin embargo, asiste con esactitud á aquella cita que no le ha dado nadie.

Los curiosos por su lado, tan fáciles de distinguir de los que hemos designado, ruedan por las tres grandes arterias de Paris; los baluartes, la calle de San Honorato y los muelles.

A las diez, el cuartel de San German, tan tranquilo de ordinario, se despierta sobresaltado al canto de la *Marsellesa* y del coro de los *girondinos*. Son los estudiantes que se han reunido en la plaza del Panteon, bajan por la calle de los Grès, siguen la del Harpe, la de la Escuela de Medicina, la de Dauphine, el Puente Nuevo, y que llegan al fin á la plaza de la Magdalena en medio de una turba compacta, curiosa, pero fria y que parece no haber tomado aun un partido.

Vuelven á comenzar allí los cantos, y atraen á sí de en-

tre la turba á todo aquel que es obrero. La chaqueta y la blusa se separan de la levita y la casaca, van á unirse á los estudiantes á tomar lugar entre sus filas, y la columna casi duplicada, despues de haber dado una vuelta al derredor de la plaza de la Magdalena, se desborda como un torrente y se aleja con direccion á la plaza de la Concordia. A la entrada del Puente de la Revolucion, va á atropellar la multitud á un peloton de guardias municipales que bajan los fusiles y calan bayoneta sobre ella.

La cabeza de la columna quiere detenerse, pero la multitud que la sigue la precipita y la empuja sobre las bayonetas. Un jóven entonces abre sus vestido y descubre su pecho.

Levántanse las bayonetas: pasa la columna.

Se la apercibe por algun tiempo encerrada entre los dos parapetos, despues se separa de ellos para echar abajo todos los basamentos del Palacio Borbon, pasa por encima de las rejas, sube al peristillo y se desborda hasta en los jardines que lo rodean.

Los primeros están ya en los pasadizos que conducen á las tribunas, cuando los otros todavía están al pié del obelisco.

Entonces las puertas de la caserna del muelle de Orsay, se abren, un escuadron del 8.º de dragones sale, se forma en peloton, parte al trote y llega con la espada desnuda sobre la turba. Habiendo llegado allí cada uno con una mano detiene su caballo y con la otra envaina su espada, y despues, con paso grave y silencioso, se contentan con hendir las masas con el pecho de sus caballos.

El pueblo grita: *vívan los dragones!* los dragones saludan al pueblo.

Detras de la caballería acude un batallon de tropa de línea, á paso gimnástico y toma posicion en la plaza del palacio Borbon; un comisario viene con él dispuesto á hacer las insinuaciones de costumbre.

Al mismo tiempo salen por todas partes piquetes de infantería, de caballería, de cazadores, de dragones y municipales y se apoderan de todas las avenidas que conducen á la cámara de diputados, mientras que dos piezas de campaña se ponen en batería en la calle de Borgoña.

Un general pasa corriendo con la pluma tremolando al viento, seguido de su Estado Mayor, y grita al pasar al comandante de la guardia del palacio:

—No tengais cuidado; el puente está ya guardado; las mejores tropas de la Europa no lo forzarían.

Era este el general Perrot.

En efecto, la cámara estaba bien defendida, y tan bien defendida, que aun los mismos diputados tendrían trabajos para entrar. Jamás se hubiera creído que para custodiar hombres que iban á discutir un proyecto de ley sobre el banco de Burdeos, era para lo que se había juzgado necesario desplegar tales fuerzas.

Desde lo alto del peristilo se podía conocer á primera vista la hábil disposición estratégica de las tropas. Mas allá de la entrada del puente, la vista encontraba una multitud inmensa, compacta, sin otros movimientos que ese de ondulacion que se nota en la superficie de los sembrados de trigo cuando pasa el viento. Solo de trecho en trecho esta vega humana es dominada por grupos colgados á las estatuas, á las columnas del alumbreado, á las tazas de las fuentes que no corren en aquel momento, y en fin, por el anfiteatro del pórtico de la Magdalena que va á inclinarse al otro horizonte del de la cámara de diputados.

Repentinamente hierve esta inmensa multitud. Antes podía apenas bullir, ahora huye. Vense los sables y los cascos de los municipales que la surcan. Una anciana es muerta y un hombre herido. Las masas se replegan; la plaza queda evacuada, salvo una treintena de personas que estrechadas por los sables y los caballos se han dejado ir á los fosos de la plaza de la Concordia, y van saliendo una á una

precipitadamente para escaparse por la calle de Rivoli y la calle Real.

## CAPÍTULO XXV.

Los sucesos que acabamos de contar, han acaecido de diez de la mañana á dos de la tarde.

En medio de todos ellos no se ha visto brillar ni un solo fusil de la guardia nacional.

La guardia nacional no ha sido convocada.

Mientras tanto, la cámara discute; pero M. Odilon Barrot se aprovecha de un momento de silencio para ir á poner sobre el bufete del presidente un papel del que cada cual sabe el contenido, papel que el presidente no abre.

Este papel es la acusacion del ministerio.

Está concebida en estos términos:

“Proponemos poner en acusacion al ministerio como culpable:”

“Primero. De haber traicionado al honor y á los intereses de la Francia.

“Segundo. De haber falseado los principios de la Constitucion, violado las garantias de la libertad y atentado contra los derechos de los ciudadanos.

“Tercero. De haber, por una corrupcion sistemática, tentado el sustituir á la libre espresion de la opinion pública